

alguna otra forma, acaso mejor. Tucídides y Lord Bro-lingbroke llegaron á quejarse de poseer una memoria tan prodigiosa, tan activa y tenaz, que les servía más de obstáculo que de ayuda á sus pensamientos. “Muchas gentes hay—según se expresa Whately—á cuya inteligencia ha hecho grave daño eso que se llama una buena memoria. Un maestro adocenado se contenta con señalar á los niños lo que deben aprender, y cuidar de que lo recuerden ; con lo cual, aunque la memoria retiene, la mente no sale de un estado pasivo ; y causa luego maravilla que aquel que tan de prisa aprendía y recordaba no haya llegado á ser un hombre capaz, lo cual es tan razonable como asombrarse de que cuando se llena un pozo no quede convertido en manantial perenne. La falta de memoria salva á muchos hombres de recibir una educación defectuosa ; porque estos, no pudiendo recordar fácilmente, se ven forzados á pensar. Si no recuerdan una demostración matemática, la necesidad les obliga á idear otra que la supla. Si la memoria los desobedece cuando tratan de repetir lo que Aristóteles ó Bacon dijeron, se ven forzados á meditar en lo que deben decir ó debieran haber dicho.”

*Por qué las lecciones de memoria no dan siempre buen resultado.*—Así pues, al mismo tiempo que hacemos bien en observar las deficiencias en alguna de las clases diversas de memoria de nuestros alumnos, y en proveer á su mejora con ejercicios oportunos, debe consolarlos el recordar que para esos defectos hay compensaciones. De ningún modo debe desearse que todos los entendimientos se amolden á un mismo tipo, ó sean constreñidos á ajustarse á él, y bien contentos podremos estar siempre que por uno ú otro procedimiento, ya el de la asociación de palabras, ya el de la asociación de ideas, pueda la mente recordar la verdad que una vez

aprendió y servirse de ella en el instante en que la necesita. Tratemos sólo, cada vez que enseñemos algo, de dejar grabado en el espíritu de los alumnos que lo que les enseñamos ha de volver á serles necesario alguna vez. Recordemos que nuestro entendimiento rehusa aprender hechos aislados que no se relacionan con algo que ya sabemos, ó que esperamos saber más tarde. La manera de animar al alumno á hacer el esfuerzo de atención indispensable para recordar algo, es el recapitular con frecuencia, el traer á la memoria las lecciones recientes, el ligar la lección que se está aprendiendo con los que le antecedieron y las que van á seguirle. Porque no se hace esto es por lo que no dan resultados tantos ejercicios de memoria practicados hoy, sin orden ni plan, en las escuelas. El discípulo no ve de qué puedan servirle, y esto les quita toda su eficacia.

*Los resultados se logran antes en algunas materias que en otras.*—Hasta algún tiempo después de haber comenzado á estudiar una materia, sus detalles parecen áridos y cansados, y no se aprenden sino con esfuerzo, no siempre agradable. Pero llega por fin el momento en que, en el estudio de una lengua por ejemplo, el estudiante percibe su espíritu, adquiere por su conducto una idea nueva, y usa al fin el lenguaje extranjero como un vehículo de su propio pensamiento. Desde ese instante, los participios caprichosos y los gerundios ásperos, las reglas inflexibles y las listas de excepciones, los fatigosos ejercicios de vocabulario y gramática cobran nueva significación é importancia. La instrucción ha pasado ya á ser cultura, y se ve que los ejercicios de memoria han sido prácticamente útiles. Así, en aritmética y en matemáticas, no bien percibe el estudiante el principio en que descansa una regla, y ya el procedimiento cesa de ser mecánico y se convierte en intelectual. El período fruc-

tuoso del estudio, en que se palpan ya sus resultados, llega en esas materias antes que en las lenguas, y puede decirse que, por pronto que se interrumpa la instrucción elemental en aquellos ramos, siempre deja algún beneficio. Pero si este período fructuoso se retarda, si no se le ve venir, si el estudio no llega al punto en que ya puede el estudiante valerse de la lengua que aprende para expresar un pensamiento, se ha perdido enteramente gran parte del tiempo empleado en adquirir los rudimentos del idioma. Nada habrá en la vida posterior del estudiante que le excite á recordar lo que aprendió; de modo que casi todo ello se desvanece de su memoria y acaba en nada.

*Utilidad de los conocimientos que se olvidan.*—No sería acertado inferir que todo conocimiento que se olvida ha sido inútil. Puede ser olvidado en la forma en que ha sido recibido; pero reaparece en otra. Lo que es cierto en el mundo vegetal es á menudo cierto en el mundo del pensamiento y del espíritu: “Á no ser que el grano de trigo caiga en la tierra y muera, subsistirá solo.” No sirve de nada. La condición para que germine y produzca algo mejor que él mismo, es que muera y cese de mantenerse en la misma forma y carácter que tuvo al principio. Es verdad que aquello que se adquiere de prisa, se pierde de prisa. Lo que voluntariamente se dispone para algún objeto accidental, se desvanece de la mente sin dejar recuerdo. Pero todo conocimiento que se ha adquirido con sinceridad, y sobre el cual se ha meditado, germina, aun cuando por algún tiempo parezca ausente de nosotros y desconocido. Ha ayudado á su propósito; ha vigorizado una convicción, ha servido de base legítima para alguna deducción sobre la cual, á su vez, se ha levantado otra, y da al estudiante, en las ocasiones en que después se ocu-

pe en el asunto ó en los que se le relacionen, una seguridad, firmeza y conocimiento íntimo que de ningún modo podría tener si la materia le fuese completamente nueva. Las reglas son útiles si forman nuestro modo de hablar y de obrar, aunque estos modos no se sujeten á ellas de propósito ni puedan luego restablecerse las reglas mismas en una forma explícita. No ha sido perdida una demostración de matemáticas, si, en el tiempo en que andábamos en ella, nos sirvió para darnos á conocer el verdadero modo de razonar, por más que el teorema ó la prueba hayan desaparecido luego por completo de nuestra memoria. Del mismo modo, podemos olvidar por completo el carácter de una serie de experimentos físicos; pero si el principio que confirmaban quedó con ayuda de ellos grabados en la mente y ha sido comprobado después con aplicaciones más extensas y variadas, no tenemos derecho á decir que el trabajo empleado en los experimentos fué perdido.

Los pensamientos y experiencia que contribuyen á formar nuestro caudal mental en diferentes años, varían tanto como las partículas que componen nuestro cuerpo. Algunas desaparecen, y otras las reemplazan. Pero la vida es la misma en tanto que hay continuidad y salud. La identidad personal no consiste en que la sustancia sea siempre la misma, sino en que la vida sea continua. La relación, pues, entre lo que el maestro enseñe y los pensamientos y trabajo permanente del discípulo, consiste en la capacidad de lo enseñado para convertirse en algo que no sea ello mismo, sino de su misma naturaleza, y más elevado que ello. Aquí está, por lo tanto, una de las pruebas de la bondad de nuestras lecciones. Supongamos que, como meras lecciones, los discípulos las olviden. Demos por seguro que esto suceda, y preguntémoslos acerca de cada cosa enseñada: ¿Es ésto fecundo

y fructífero, ó no? Cuando la cáscara y la concha hayan desaparecido, ¿quedará algo después? ¿Y qué es lo que quedará? ¿Se desvanecerá por completo de la memoria este conocimiento, sin dejar en ella vestigio? Si es así, no lo enseñaremos, aunque esté en el libro de texto. ¿Ó hará acaso fácil, aunque á primera vista parezca infructuoso, la percepción de alguna verdad más importante y útil? ¿Mejorará el gusto, fortalecerá el juicio, aumentará la facultad de comparar los hechos contrarios? Si así es, haremos que se aprenda, aun sabiendo que se ha de olvidar pronto; y daremos gracias todavía porque hay un arte de olvidar con cordura, así como otro de recordar con utilidad.

*Principales maneras de aprender—Instrucción oral.*

—Los principales modos de obtener conocimientos y abastecer la memoria son tres: exposición oral, propia enseñanza y reflexión, y libros ó ejercicios. He hablado ya de la reacción que en estos últimos tiempos se ha levantado contra el uso demasiado frecuente de libros y ejercicios. Poca duda puede haber de que esta reacción es justa, así como de que, conforme se va teniendo idea más clara y elevada de la naturaleza de la enseñanza, va siendo mejor comprendido el gran valor de la enseñanza oral.

*Sus ventajas.*—No hay medio mejor de dejar impreso á los estudiantes lo que se les enseña que la lección oral, ni nada les estimula y anima tanto como ella. Sólo cuando las miradas del maestro y del alumno se encuentran, cuando el alumno ve y oye al maestro, se despierta entre ellos aquella sutil é indefinible simpatía, que tanto influye en la vida intelectual del estudiante. Sólo entonces pueden tener lugar la adaptación del asunto enseñado á las necesidades del estudiante; el esclarecimiento de detalles imperceptibles, la insistencia en los puntos

más notables y su repetición, el descanso después de la parte excepcionalmente difícil, el ejemplo oportuno, el argumento *ad hominem*, la pregunta inesperada y precisa con que el maestro se asegura de que está siendo escuchado y entendido. Para todo esto necesita el maestro fluidez, abasto de conocimientos y ligereza para servirse de ellos, ser cuidadoso en la elección de su lenguaje, un *lucidus ordo* en su arreglo; tener la facultad de presentar un mismo principio en diferentes formas; poder descubrir al punto cuáles son las dificultades que encuentra el discípulo y saber la manera de resolver cada una de ellas; y cierto tacto que le sugiera cuándo puede avanzar seguramente, cuándo ir con lentitud, hasta dónde puede llegar y en dónde detenerse. Por manera que todos los asuntos de que se trata en clase pueden ser objeto de explicación en forma de plática ó conferencia.

*Sus peligros.*—Pero no hay que olvidar que si se confía demasiado en esta enseñanza, á pesar de ser un instrumento muy importante en la educación, pierde mucho de sus ventajas. En primer lugar ocurre el peligro de que el maestro pueda confundir los signos de la animación colectiva con los del progreso individual; el todo puede parecer interesante, y sin embargo ser muy imperfectamente enseñadas las unidades que componen el todo. El simpático influjo que proviene de la presencia de muchos, cuyo trabajo en conjunto se dirige á un mismo fin, produce el efecto de debilitar el interés, pero tiene también la desventaja de hacer aparecer este resultado mayor de lo que es en realidad. Un maestro hábil en la enseñanza oral se anticipa frecuentemente á las dificultades, trata de explicarlo todo y de poner un ejemplo para cada caso, y deja así al estudiante muy poco que hacer; de esta manera estimula su

atención, pero no desarrolla su hábito de investigación. Demasiada confianza en el sistema de conferencias produce también el resultado de que el discípulo repita todo lo que se le ha enseñado con las mismas palabras del maestro; además, en su deseo de hacer el asunto interesante, el maestro entra en generalizaciones, en descripciones pintorescas que, aunque verdaderas y razonables como resultado de un conocimiento de los *datos*, son harto atrevidas y falsas sin tales datos; y algunas veces es muy malo el efecto que produce en el entendimiento de los principiantes dejarles ver el todo sin mostrarles las partes y animarlos á aceptar una inducción general sin que conozcan las particularidades en que se funda.

Estos son peligros inseparablemente relacionados con el sistema de conferencias ó de exposición y que importunan al maestro más diligente. Él debe guardarse contra ellos por el uso constante de preguntas orales durante la lección; exigiendo que las notas tomadas en ésta se limiten á unos pocos títulos expresivos ó á algunas palabras técnicas, y que no sean la reproducción exacta de las frases ó de las palabras del maestro, para que así los alumnos puedan meditar sobre la lección fuera de clase y escribirla ya en forma; y, sobre todo, teniendo cuidado de que al principiante le quede algo que hacer, que buscar, ó que ordenar.

*Enseñanza propia.*—En nuestro celo por mejorar las escuelas como lugares de enseñanza, no podemos olvidar, después de todo, que la mejor parte del trabajo de nuestra vida ha tomado la forma de enseñanza propia. Consideremos la multitud de hombres eminentes y grandes que han luchado hasta resolver ciertos problemas sin ayuda ajena, y qué número de conocimientos preciosos y permanentes hemos adquirido por los esfuerzos propios. Es cierto que los niños no van á la escuela á

educarse á sí mismos, sino en busca de guía y de ayuda; sin embargo, debe adoptarse por regla el no decirles lo que ellos puedan decir, no hacer por ellos lo que puedan hacer por sí mismos. La enseñanza no se encamina á hacer inútiles los libros, sino á dirigir á los alumnos para que hagan buen uso de ellos. Se ha estado estudiando, por ejemplo, la historia de la Conquista de Méjico, y se necesita recoger todos los datos que sirvan para dar unidad á la impresión que quede en la mente de los alumnos sobre un período particular. Debe darse entonces una corta conferencia sobre Hernán Cortés, la figura más sobresaliente en la historia de ese tiempo; pero el profesor no ha de agotar la materia, sino que ha de dejar á sus discípulos campo para que contribuyan á la formación del cuadro. Un buen maestro dirá: "He tratado de bosquejar los hechos más notables de la vida de Hernán Cortés y ahora corresponde á Vds. el escribir para la próxima semana una biografía tan completa como puedan. Hallarán datos adicionales en Solís, *Historia de la Conquista de Méjico*; en Préscott, *Conquista de Méjico*; ó en tal colección de documentos, etc. No es necesario que sigan Vds. el método que he seguido, ó estimar su carácter del mismo modo que lo he hecho, si encuentran pruebas en contra de mis aseveraciones y que les hagan cambiar de parecer. El maestro debe estar seguro de que si, como resultado de su enseñanza, los discípulos no se encuentran dispuestos á leer por sí mismos por figurarse ya que todo lo que necesitan saber lo hallan en la conferencia que se les da, las lecciones orales adolecen de un gran defecto, y en tal caso debe cambiar de método.

*Trabajo con los libros.*—Los textos pueden ser usados ventajosamente en la enseñanza. Lo que se trata en las lecciones orales se encuentra en ellos en una for-

ma concisa que se graba fácilmente en el entendimiento de los alumnos; y cuando no se entiende algún pasaje de ellos puede ser leído varias veces hasta entenderlo. Así como la enseñanza oral debilita la inteligencia, el estudio en el texto la desarrolla, la aguza y hace que las impresiones sean permanentes. Poco puede hacerse sin ellos. Sin embargo, los mejores maestros son los que más en peligro están de rebajar el mérito de las lecciones por libro; y los malos ó medianos, los indolentes, son los que tienden constantemente á darles valor. Como lo he dicho, el mejor medio y el más fácil de enseñar es poner un libro en manos del alumno y decirle: "Vé y prepárate." Un buen maestro siempre ejercerá especial vigilancia sobre sí mismo, y antes de sentarse á dar una lección se preguntará: ¿"Es realmente éste el mejor medio de lograr mi objeto?"

*Sus inconvenientes.*—Antes de dar reglas para los trabajos y para el uso de los textos, es bueno retroceder un poco para considerar la relación entre la obra escrita y el ejercicio intelectual como se encuentra ilustrado en el *Fedro*, uno de los diálogos de Platón. Sócrates muestra á uno de sus discípulos con cuánta facilidad puede un estudiante equivocar los medios con los fines, y hacer del arte de escribir un sustituto del esfuerzo mental en vez de un auxiliar de éste; y dice:

"Te contaré un cuento, amado Fedro. Teutis era uno de los antiguos dioses de Egipto, el primer inventor de la aritmética y de la geometría, del juego de damas y del de dados, pero especialmente de las letras. El rey de Egipto en aquel tiempo era Tamus, quien vivió en la gran ciudad de Tebas. Teutis fué á su palacio, le comunicó sus descubrimientos, y le excitó á que los hiciera conocer en todo Egipto. Preguntado por Tamus sobre el uso de cada uno de ellos, fué indicán-

dolo, y cuando llegó al de las letras le dijo: 'El conocimiento de ellas, oh rey, hará al pueblo más sabio, porque al mismo tiempo he inventado un remedio para la memoria y para la sabiduría.' Pero el rey respondió: 'Es más fácil para tí, Teutis, hallar ingeniosas invenciones que para otros juzgar de su mérito y de su grandeza, pero me imagino que por la indulgencia que te merece tu propio descubrimiento, le has atribuído precisamente el efecto contrario al que produciría en realidad. Esta invención hará negligentes á aquellos que la usen, desde el momento en que dedicándose á escribir recordarán exteriormente por medio de signos exteriores y no interiormente por medio de sus propias facultades. Le suministrarás así á mi pueblo una sabiduría aparente y no real, pues pensará que ha adquirido algo muy valioso, cuando solamente posea palabras escritas, y se creerá sabio sin serlo.' ¿Qué dices, Fedro, habló el rey cuerdamente? 'Pienso, Sócrates, que sabes forjar cuentos de Egipto ó de otro país cualquiera cuando necesitas probar alguna cosa.'

"Te ruego, Fedro amigo, que no te fijas en el origen del cuento sino en la verdad que encierra, porque en los primitivos tiempos los hombres se congregaban en la gruta de Dodona para oír á un roble ó á una piedra con tal que ellos hablasen la verdad. Y considera además, amigo Fedro, que los discursos escritos tienen la desventaja de parecer vivos y de poseer alguna sabiduría, pero si los excitas á que digan algo, guardan el más profundo silencio, ó á lo más dan una sola y siempre la misma respuesta. Y cada discurso, una vez escrito, es repetido y leído de un mismo modo por aquellos que lo entienden que por otros á quienes de nada aprovecha, y no sabe á quiénes debe hablar ni con qué personas debe guardar silencio. Pero después de todo, si lo escrito ha

de prestar algún servicio, este no ha de ser otro que el recordar lo que ya se ha dicho y está entendido; y si el conocimiento no se fija profundamente en el entendimiento del que aprende, no tiene valor alguno.

*Caracteres de los ejercicios en casa.*—Tal vez ese antiguo apólogo griego no carezca de interés al tratar el punto de que vamos á ocuparnos. ¿Cuáles son las condiciones en las que los textos y los ejercicios escritos, especialmente los preparados fuera de la escuela, pueden ser útiles á los fines de la educación?

*No deben ser muy extensos.*—La primera de esas condiciones es que los ejercicios no sean muy largos. Á los niños de menos de doce años no se les debe exigir trabajo en que puedan emplear más de una hora, ni á estudiante alguno tarea á que tenga que dedicar más de dos horas. El buen maestro deberá informarse por los padres de los niños acerca del tiempo que estos dedican en casa á los ejercicios, y si el tiempo excede de lo dicho debe disminuirse la tarea. El ejercicio dado para estudiar en casa debe ser tal que no requiera ó presuponga ayuda inteligente, porque no es propio de un buen maestro compartir con los padres su trabajo. Puede suceder que el alumno no tenga en su casa persona que pueda ayudarle y entonces la tarea que se le impone es superior á sus fuerzas y no la terminará. Pero si tiene quien le ayude, el benéfico influjo de un hogar inteligente producirá más tarde mayor efecto en el curso ordinario que si se reduce al padre ó á la madre al papel de simples ayudantes del maestro. El hogar tiene su inviolabilidad y sus formas apropiadas de enseñar. No permitáis que los ejercicios escolares usurpen el puesto que no les corresponde.

*Deben ser bien definidos.*—Los trabajos que han de ejecutarse en casa deben ser bien definidos y han de

poderse corregir fácilmente. No tienen valor alguno y estimulan al descuido si no son atentamente examinados, y por tanto el maestro debe pensar bien, antes de fijarlos, en si tendrá lugar y conocimientos necesarios para hacer un examen crítico de ellos. Con este fin procúrese que los ejercicios sean de tal naturaleza que se pueda decir fácilmente si están bien ó mal ejecutados y por qué. Debe recordarse que es muy sencillo poner un ejercicio, pero muy difícil examinarlo y emitir voto sobre su desempeño. Nada es más fácil que decir: "Escríbame Vd. esta noche una relación de lo que se ha dicho hoy." Pero cuando se ha presentado el ejercicio se ve que hay muchos modos de expresar bien ó mal una misma cosa, y que para hacer ver á cada niño con toda claridad en qué se ha equivocado y qué parte está bien desempeñada, es difícil y entretenido. Si no hay tiempo ó capacidad para proceder de este modo, no se intente dar sino aquellos ejercicios como listas, definiciones ó asuntos en los que puede decirse inmediatamente que están bien ó mal hechos.

*Deben admitir pronta corrección.*—Una de las ventajas de los ejercicios sencillos es que pueden ser corregidos en clase por el sistema de la revisión mutua. Los libros de ejercicios cambian de manos, y cada escolar toma un lápiz para anotar al margen los errores, mientras que el maestro va leyendo en voz alta las preguntas y haciendo repetir las respuestas para criticar estas cuando no sean correctas. Después de anotados los errores debe volver el original á manos de su dueño. No es este el único medio de corregir ejercicios, pues sucede que algunos necesitan alguna más atención de parte del maestro para que sean bien corregidos; pero economiza tiempo, y suministra la oportunidad de repetir algunas cosas que no hayan sido bien entendidas

y de hacer recapitulaciones, á más de despertar en los alumnos las cualidades críticas. Además, esto es más eficaz como medio completo de corrección que el laborioso de que el maestro anote después de las horas de clase los libros de ejercicios; porque tales comentarios escritos al margen han de ser muy concisos é incompletos y con frecuencia ilegibles. Es obvio, sin embargo, que este sistema de corrección mutua en clase, aunque podría ser adoptado con ventaja dándole más ampliación, presupone que los ejercicios son de carácter muy definido, como algo para aprender de memoria, ó para traducir, ó alguna cuestión de aritmética, y es inaplicable para ensayos ó para composiciones generales.

*Deben ser suplementarios más bien que preparatorios.*—Al poner lecciones que hayan de aprenderse en casa deben tenerse en cuenta dos objetos importantes. El uno, que sean preparatorias y suministren al alumno los materiales para la lección del día siguiente; el otro que sean suplementarias, y sirvan para completar la lección del día anterior. El buen sentido enseña que debe procurarse llenar los dos objetos en una misma lección; pero no obstante, toca al maestro determinar en ciertos casos, cuál es más importante de los dos. Este punto está muy bien tratado por Fearon en su valiosa y útil obra sobre la Inspección Escolar. Él dice tocante á geografía y á historia, que “los hechos positivos deben ser aprendidos por los alumnos fuera de la escuela para facilitar más las lecciones. Es un sistema deplorable y ruinoso, tanto para el maestro como para el discípulo, el emplear tiempo en referir al alumno hechos que él puede aprender en los textos. . . . En Marlboroug y en Rugby se exige de los escolares que se familiaricen con tales elementos fuera de la escuela, y el maestro dicta sus lecciones sobre la base de esos conocimientos preliminares,

tratando de ilustrarlos, amplificarlos, ilustrarlos y darles interés.”

Admitido que la distinción arriba hecha es conveniente, y que todo el trabajo inteligente é interesante debe hacerse en la escuela, surge la cuestión de si la tarea de enseñar los hechos y los nombres no se hace mucho más llevadera si se emprende más bien después que antes de la lección. Es bastante pesado para un niño obligarle á trabajar con un esqueleto seco hasta que el maestro lo cubra de carne y le dé vida. Pienso que por juicioso que sea este método aplicado en casos excepcionales, es regla segura y general que los ejercicios fuera de la escuela sirven menos para preparar el camino á una lección siguiente que para ahondar y fijar la memoria de una lección pasada. Los niños aprenden con mucho más gusto é interés aquello cuya inmediata aplicación ven, que las cosas dichas meramente para indicar que más tarde son de alguna utilidad.

*Ejemplos ilustrativos.*—Así, si yo hubiera de dar una lección sobre la geografía de Suiza, no exigiría á los estudiantes que el día anterior se aprendieran una lista de las ciudades, de los cantones ó de las montañas, sino que les haría una descripción general, les describiría ante un mapa ó modelo sus configuraciones físicas, y trataría de despertar su interés hacia el pueblo intrépido, frugal y amante de la libertad, que vive en aquel país, y al fin de la lección les exigiría un mapa de éste y algunos datos escritos acerca del mismo como lección para prepararse en casa. Si se tratara, en aritmética, de dictar una lección sobre reducción de fracciones á un común denominador, no se les diría á los estudiantes: “Aprendan Vds. de memoria esta noche una nueva regla y mañana les enseñaré su explicación.” Sería mejor tomar un problema y comenzar, por un método

inductivo, á resolverlo en el encerado delante de ellos, mostrándoles la necesidad de cada procedimiento y su conveniencia para el fin propuesto, y decirles después : "Cuanto he dicho en el procedimiento está contenido en una regla que deben Vds. aprender y escribir. Estos otros problemas se pueden resolver del mismo modo, trabajen Vds. en ellos esta noche." En gramática, el método sería tratar de esclarecer por medio de ejemplos convenientes las reglas ó definiciones, y después hacerlas aprender de memoria, con tal que llenen las condiciones de que se ha hablado ya.

Estoy muy lejos de decir que no haya casos en que sea oportuno dar, como lecciones que deban estudiarse en casa, ejercicios preparatorios de la labor del día siguiente. Se trata, por ejemplo, de una oda de Horacio ó de una fábula de Lafontaine. Podemos decirle al alumno : "Aprendan Vds. esto y hagan para mañana una traducción completa de ello"; pero así no podemos contar con hallarle al día siguiente familiarizado con las alusiones y modismos que deba emplear en el tratamiento del asunto. Lo que nuestra enseñanza debe proporcionarle es el conocimiento completo del asunto, sin dejarle mucha tarea á él. Así podemos decirle: "Vamos á considerar mañana tal trozo, y lo leeremos mañana en clase. Busquen Vds. esta noche en el diccionario las palabras cuyo sentido no sepan." Esta exigencia es perfectamente legítima, y si es atendida tendremos material para trabajar. Lo leeremos todo línea por línea, deduciremos por medio de preguntas sus conocimientos gramaticales y el de los modismos, y supliremos los nuevos hechos, ilustrando las dificultades gramaticales, explicando las alusiones y las metáforas y los giros difíciles que se encuentren; y cuando hayamos hecho esto podremos decirles : "Espero que escriban Vds. para esta noche

una cuidadosa traducción del todo; y aquí tienen unas cuantas palabras, nombres propios, modismos ó frases alusivas, que intercalarán Vds, y sobre cada una de las cuales deben escribir un comentario ó explicación especial."

Así la tarea que debe hacerse en casa viene á ser en parte preparatoria y en parte suplementaria de nuestra enseñanza; pero la mejor parte de esta es la suplementaria. No dudo que, como regla general, la principal importancia de los ejercicios escritos está en dar precisión á las lecciones ya aprendidas y en fijarlas en la memoria. Que comprenda el estudiante cuáles son nuestros fines, para que podamos comunicarle una parte de nuestro propio interés y entusiasmo en la investigación de la verdad, y así se afanará por apoderarse de aquellos detalles que comprende son necesarios para dar sistema y claridad á sus conocimientos. Pero el que espere que los niños se familiaricen con detalles cuyo objeto no comprenden, es tanto como exigirles que hagan lo imposible.